

UN GLORIOSO CENTENARIO

DIEGO DUBLE URRUTIA



por Braulio Arenas

UNA DE LAS FECHAS importantes en el itinerario de la poesía chilena la constituye la publicación, en Valparaíso, de "Azul...", de Rubén Darío. Esto sucede en 1888.

Justamente una década después tenemos que señalar otro acontecimiento literario, esta vez provocado por un escritor nuestro. Nos referimos a la aparición de "Veinte Años", de Diego Dublé Urrutia.

Si, veinte años, ni más ni menos, y tal título, en el momento que conmemoramos el centenario del nacimiento del poeta, nos resulta punzantemente conmovedor.

Algo de tiempo había transcurrido entre el punto final de los poemas y los trajines de la impresión, pero el nombre del volumen seguía ahí, juvenilmente desafiante.

Nacido el 8 de julio de 1877, Dublé Urrutia, en su obra, no presentaba una siembra sino una cosecha.

Se advierten ya, en "Veinte Años", las características de su estilo, las que tomarán más vigor en su siguiente libro: "Del mar a la montaña", y se sostendrán en los poemas sueltos que sólo fueron recogidos en volumen en 1953: "Fontana Cándida" (Nacimiento).

Todas éstas serán señales propias, diestramente manejadas por su autor, lejos de los peligrosos y seductores arrecifes del modernismo.

Acotemos, de paso, que la poesía chilena, con anterioridad a Rubén Darío, era lo suficientemente personal como para establecer una línea tradicional de sostenido equilibrio.

Decimos esto pensando en José Antonio Soffia, Guillermo Blest Gana, Guillermo Matta y hasta en el mismo Pedro Antonio González. Este último, si bien buscaba —y encontraba— ritmos extraños y ambientes de singular fantasía para desarrollar sus poemas, nunca podría emparentarse con el bardo del azul pendón, un pendón que con el mismo color ya había enarbolado, en Francia, Stéphane Mallarmé.

En esta línea tradicional del verso chileno no se ve cómo cabrían las innovaciones de Darío.

En el hecho, sólo podemos registrar un Manifiesto de Arte Libre, firmado por Francisco Contreras (en "La Revista de Santiago"), amplificado más tarde en el prefacio de su libro: "Raúl" (Santiago, 1902).

Sin embargo, este Manifiesto de Contreras, concierne al arte nuevo, es paralelo al modernismo, pero no surgido bajo su influencia. Tal vez el error de algunos críticos que quieren englobar, a troche y moche, a determinados escritores, de muy distintas procedencias, dentro del modernismo, se debe precisamente a la ambigüedad misma de los términos con que se presenta esta escuela literaria.

En todo caso, bien sabemos cuán difícil es encerrar tal tendencia en los márgenes de una definición precisa y exigente.

Por nuestra parte, si quisiéramos definirla, sin pecar del todo de inexactos, diríamos que "el modernismo es el estilo de Rubén Darío en poesía", y nada más.

De este modo, si entendemos el modernismo como "la manera que tuvo Darío para expresarse líricamente", hubiera sido altamente penoso, si no ridículo, que los escritores nuestros hubieran abandonado su línea tradicional para seguir, con grotescas contorsiones imitativas, el paso firme del bardo nicaragüense.

No de otro modo entendió Diego Dublé Urrutia el panorama literario, desde el primer instante, y asimismo, supo que su vocación poética se orientaba hacia muy distintos motivos. Su libro: "Veinte

Años" es, hecha y derecha, la estampa de una personal visión del mundo.

Bien que en bocetos todavía ya se encuentran en la obra los temas que compondrán su factura, su estilo, su "constante", como poeta.

Podríamos señalar, a la ligera, estos tópicos, el paisaje, el humor y cierta penumbra mística y nostálgica.

A estos temas se agregarán luego la materia anecdótica y la difícil empresa de escribir poemas para los niños.

(Más que una empresa difícil, escribir para los niños es el verdadero talón de Aquiles de los escritores).

Las nuevas preocupaciones líricas de Dublé Urrutia quedarán estampadas en el siguiente libro suyo: "Del Mar a la Montaña" (1903), y en las composiciones dispersas en revistas y periódicos, que nunca recogió en volumen. A este respecto será conveniente consignar aquí el desinterés del autor por la exhibición de su obra.

Porque con Dublé Urrutia se da el caso paradójico del poeta que trata de ocultar su poesía, con un pudor al que no nos tiene acostumbrados el Parnaso, y esto en el momento en que se le consagraba tan hermosamente, no sólo por los escritores del país, sino por voces altamente responsables del extranjero: "De cuantos libros chilenos de versos conozco, y no son pocos, es éste el que más poesía contiene", afirmaba Miguel de Unamuno, y por su parte Rubén Darío agregaba: "Chile tiene en usted el poeta que le faltaba".

Decimos que el poeta nunca se cuidó de recoger su producción surgida después de "Veinte Años" y "Del Mar a la Montaña"; una producción no muy considerable, por lo demás, pero en la cual brillan, como diamantes de extraordinario fulgor, maravillosas composiciones ("Fontana cándida" y "Pánico", entre ellas).

Solamente la bondadosa insistencia de Francisco García Krautz logró vencer el escrúpulo del poeta, y permitir que se recogiera en un libro su Opera Omnia, precisamente bajo el título de "Fontana Cándida".

Muy pocas correcciones hizo el autor a sus poemas, y esto lo podemos aseverar porque hemos

consultado los ejemplares de propiedad del mismo Dublé Urrutia, "Veinte Años", "Del Mar a la Montaña", en los cuales aparecen señaladas las variantes de mano de su autor.

Estas variantes o correcciones se mantienen en la edición de "Fontana Cándida".

Ahora, si quisiéramos adentrarnos en la factura, en el estilo y en la "constante" de Dublé Urrutia, como poeta, tendríamos que señalar, como rasgo preponderante, la vigorosa identificación del paisaje chileno, identificación con nombre y apellido por decirlo así, que ya aparece desde las primeras líneas de "Veinte Años". Esto, dicho como detalle principalísimo, pues la anterior producción poética del país pecaba por el carácter indeterminado y abstracto de la naturaleza.

"Nadie ha descrito jamás los campos chilenos con más delicada penetración de su íntima poesía, de su pobre belleza, triste, desnuda de toda majestad, de su humilde encanto y del amor fuerte y heroico con que esta tierra, fecundada con tanta sangre, retiene a sus hijos adheridos a su suelo, a sus montañas y a sus costas", escribió con acierto y cariño Carlos Silva Vildósola ("El Chileno", 1898).

Pero no es únicamente la pintura magistral del paisaje chileno: del campo, del mar, de la montaña y de la mina, lo que caracterizará el lirismo de Dublé Urrutia. Conjuntamente con esta pintura, nos será preciso señalar otro carácter precursor suyo: el humor.

La minerva poética chilena, que sólo en muy contadas ocasiones había desarrugado el ceño, se muestra desenfadadamente cómica en "La procesión de San Pedro", por ejemplo. Nada ha perdido Diego Dublé Urrutia introduciendo esta nota humorística en su poesía, o, más bien dicho, todo lo ha ganado. Pasan los años y el poema mantiene su vitalidad innovadora, como en el primer día de su aparición.

Sin embargo, no todo será humor en su obra ("La campana de las capuchinas", "Al director de funerales", etc.), sino que también esta obra aparece impregnada de una cierta penumbra mística y nostálgica, como señalábamos más arriba. Esta es una de las partes más duras de la existencia del poeta, de su existencia en la tierra, digamos. En efecto, por largos años Dublé Urrutia sostuvo un conato y silencioso combate consigo mismo, logrando salir triunfante su recia personalidad de católico. El mismo ha dejado consignado este combate espiritual en las páginas de un folleto: "Fe de Hombre" (1971), en donde se recoge su conferencia pronunciada el 6 de julio de 1928: "Del campo en que luché con ardor y sinceridad durante los primeros años de mi juventud, he debido abjurar las doctrinas que se oponen a la verdad integral del catolicismo. Y debo decir aquí, que para mi conciencia ha sido una gran satisfacción comprobar que la fe católica no sólo no me priva de ninguna de las fuerzas, hechas para el bien, que dinamizaron otrora mi inteligencia y mis actividades, sino que, por lo contrario, al esclarezcerlas y encauzarlas en un ambiente de paz y certidumbre absolutas, las mantiene e intensifica, y en muchos casos las resucita. Quedan firmemente en pie mi amor a la familia y a la patria; mi fe en la humanidad, en la libertad y en la justicia. No me conmovían ayer más los derechos del débil, del pobre, del pueblo, de lo que hoy, como católico, me apasiona. Ni la igualdad me parece en esta hora religiosa menos santa, ni la ciencia menos admirable, ni la poesía y el arte menos bellos".

Igualmente son hermosísimas sus composiciones anecdóticas, inspiradas en sencillos temas comunes. Ejemplo de ellas encontramos en "Narcisa" o en "El Caracol", esta última con la eterna voz de los enamorados encerrada en la cuenca mágica.

Poesía para durar y perdurar, poesía para no ser olvidada, cantidad de poemas de Dublé Urrutia están adentrados en el espíritu chileno, aun en el espíritu balbuciente de los niños. Pues, además de "La procesión de San Pedro" y de "El caracol", todos recordamos algo, aunque no sea sino como un eco de la infancia, ese esbozo de cuento para niños que entreteje la vieja Paulina (la que existió realmente): "En el fondo del lago". ¡Singular proeza la de este poeta escribiendo para la infancia, y además cumpliendo su tarea victoriosamente!

Diego Dublé Urrutia, a los cien años de su nacimiento, sigue impregnando con su poesía nuestra tierra y nuestro corazón.

POR LAS CALLES

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas, mes en que hacen los pavos su testamento y en que las rubias ostras —monjas clarisas— rompen la celda nácar de su convento; mes que envuelve en corrientes y camanchacas las solitarias islas del mar amargo, y en que si el pasto verde sobra a las vacas también está la muerte de mantel largo. Hoy es tu último día; lo dice el tono de las campanas ebrias y el grito humano con que sale a la pesca con su Patrono todo lo que hay de lobos en Talcahuano. La mar está de gala: por hoy el viento se ha metido en los mares, galantemente, y en los muelles y ranflas, que es un contento, como furel varado brilla la gente. Hierve la mar, de barcas. Las velas curvas juegan al sol, llevadas a la bolina, y mientras llega el Santo pifian las turbas a un bergantín que cruza la Quiriquina.

¡Qué frescura de tarde! ¡qué algarabía! ¡qué ladridos de perros y hablar de gringos! si parece que uniera este solo día toda la transparencia de diez domingos... Trajes negros, azules, blancos y rojos bordan las serranías que el golfo lame, y no hay techos, ni grúas ni cabos flojos donde la gente de aguas no se encarama. Y la campana suena que ya es locura, y estallan voladores, que viene el Viejo, y de pronto la gente ve al señor Cura que sale abriendo cancha por un callejo... Crece la grito entonces, se oyen los sonos de la charanga, ondea la masa humana y es un mover pañuelos en los balcones que parece un incendio cada ventana.